

Pablo Pérez Sánchez, *Bien y mal. Felicidad y sufrimiento*. Piura, Universidad de Piura, 2024, 206 pp.

En esta obra, el autor emprende un análisis filosófico sobre la naturaleza del bien y del mal, primero de manera general y luego enfocándose en el bien y el mal para el ser humano. El libro se estructura en un prefacio, diez capítulos y un epílogo, que pueden agruparse conceptualmente en cuatro partes. En primer lugar, el prefacio y los tres primeros capítulos abordan el concepto de bien y mal (1. El concepto del bien, 2. El hombre delator del bien, 3. El bien del hombre). En segundo lugar, los capítulos del cuatro al seis se centran en el crecimiento propio del ser humano (4. El desarrollo del hombre, 5. Los distintos tipos de bien, 6. La libertad humana). En tercer lugar, los capítulos del siete al nueve tratan de la relación del ser humano con lo social (7. Medios para la búsqueda del bien 8. Aporte de las distintas sociedades al bien personal y 9. Obligaciones sociales). Finalmente, el capítulo diez, titulado «Felicidad y tristeza», aborda esta temática incluyendo también un análisis de las leyes adecuadas para ayudar al ser humano a desplegarse y alcanzar su felicidad. Sin embargo, ya que el capítulo trasciende ese análisis no corresponde ubicarlo junto a los capítulos que le preceden.

En el prefacio y los tres primeros capítulos, que abordan el concepto de bien y mal, Pablo Pérez introduce al lector en la importancia de reflexionar sobre ellos. Aunque, en última instancia, el mal sea un misterio, es necesario preguntarse por su realidad y por las razones de la inclinación humana a sobrepasar los límites e incluso rechazar su propio ser. Para ello, el autor realiza un recorrido que busca contestar a las siguientes preguntas clave: ¿Qué es el bien y qué es el mal? ¿Hay posibilidad de encontrar algún criterio objetivo para afirmar que algo realmente es un bien? ¿Hablamos de «bien» siempre en el mismo sentido? Pablo Pérez muestra que hay un sentido de «bien» que se identifica con el ser mismo y que es, por tanto, un bien que no se puede perder. Por otra parte, existe otro sentido del término que se refiere al bien que se puede adquirir o perder. Se alude aquí, por tanto, a la clásica distinción entre el bien ontológico y el bien moral. El autor también problematiza la cuestión acerca de la relatividad de la bondad, es decir, examina la posibilidad de que «bien» signifique algo totalmente distinto cuando lo referimos a diversos tipos de seres. Se introduce, asimismo, ya en esta parte, una idea clave para toda la obra: la capacidad de autoconocimiento es la que hace aparecer ante el ser humano su propio bien y el bien del mundo. Los seres que no tienen esa capacidad de volver sobre sí mismos son bienes solo en el primer sentido

de bien (ontológico), pero no en el segundo (moral), pues no son capaces de captar el bien que son, ni el bien del mundo, ni tampoco el bien que podrían alcanzar.

En los capítulos de la segunda parte, se despliega una idea fundamental que ya se había esbozado antes, pero que ahora se expone con mayor profundidad: el ser humano es un ser verdaderamente capaz de crecimiento y novedad. Esta capacidad de perfeccionarse se da solo en los seres inmateriales y espirituales porque son estos los que poseen autoconocimiento. En efecto, esta capacidad reflexiva abre las posibilidades de crecimiento íntimo y novedad porque muestra a la inteligencia los distintos bienes, que podrá elegir la voluntad libremente. Esta parte centra su atención, por tanto, en gran medida, en el análisis del papel de la libertad para ser capaces de elegir el bien y acertar o no vitalmente. El autor muestra, en este sentido, cómo la comprensión y aceptación de lo que se es y la visión correcta acerca de nuestras propias inclinaciones resultan fundamentales para nuestro correcto despliegue como humanos.

Los capítulos siete, ocho y nueve, examinan al ser humano en su dimensión social. El capítulo siete, después de continuar brevemente con el tema de los errores en la búsqueda del bien, se introduce ya de lleno en el análisis de lo que la sociedad puede ofrecer para el despliegue del ser humano y qué cualidades son fundamentales para la armonía social. El capítulo ocho, inicia tratando brevemente del papel del Estado, llama la atención sobre la importancia de que este respete las sociedades inferiores y de que conozca el fin propio del ser humano para, de este modo, poder favorecerlo. Seguidamente se estudia la cuestión de la responsabilidad, incidiendo en lo fundamental que es entender que no todos los seres humanos tienen las mismas responsabilidades respecto de las mismas cuestiones. Por otro lado, examina los distintos tipos de sociedades y de articulaciones entre ellas y sus miembros. Los aportes de la sociedad familiar y de las instituciones educativas son tratados con especial énfasis y a cada uno ellos se dedica un apartado, respectivamente. El capítulo nueve estudia las obligaciones sociales. Una de las ideas clave que se sostiene allí es que la articulación de lo social debe darse procurando el bien común y esto «reclama el valor del espíritu y la trascendencia de la vida» (p. 156). Todo ello reclama una organización social adecuada y una concepción recta de los derechos y deberes de cada uno. El ejercicio de la responsabilidad social es por tanto, uno de los ejes centrales de este análisis.

El décimo capítulo, que trata sobre la felicidad y la tristeza, analiza estos dos conceptos en relación con los de placer y dolor y también en relación con el cuerpo. El autor entiende el cuerpo como siendo también propio del ser personal. En ese sentido, se puede observar en este último capítulo una integración más explícita de la dimensión de la vida sensible, los afectos y

los sentimientos con dimensión intelectual y espiritual del ser humano. En todo caso, se sostiene claramente que la felicidad no puede ser reducida a un mero sentimiento. No siempre se comprende esto hoy en día, pero el autor lo explicita: «la propia realización es la clave de la felicidad; sin embargo, se suele insistir más en el sentimiento que la acompaña que en la perfección alcanzada» (p. 185). En este sentido, la entrega a los demás aparece como esencial al propio perfeccionamiento y, por tanto, a la felicidad, según Pablo Pérez. Por último, toda esta reflexión lleva a la apertura natural a otro amor mayor. Como sostiene el autor que «el amor con que el hombre recibe a Dios y se entrega a Él es el más enriquecedor y le produce la mayor felicidad que puede alcanzar» (p. 186). La tristeza, como contrapartida, no es más que la consecuencia de la falta de amor, del preocuparse exclusivamente por sí mismo y quedarse por ello en la soledad. En palabras del autor: «El deseo de vivir para sí y la sospecha y alejamiento de los demás es profundamente opuesto al ser del hombre» (p. 187). Finalmente, el epílogo que cierra el libro tiene un tono más personal y sintetiza algunas de las conclusiones a las que se ha llegado a lo largo del texto.

Uno de los méritos de la obra es estar bien estructurada y articulada: se va de lo más abstracto a lo más concreto. Un mérito aún mayor que la estructuración en sí, me parece que es el no haber eludido las cuestiones más teóricas y que tienen que ver con la fundamentación de las ideas sobre el bien y el mal del ser humano. Es posible que algún lector ajeno a los temas de la filosofía teórica pudiera pensar que son cuestiones evitables a la hora de hablar del bien y del mal. Sin embargo, quien sigue bien la ilación del autor, podrá constatar que resultaba inexcusable estudiarlas. Más aún, se percatará también de que, sin ellas, muchas de las ideas sostenidas aquí podrían parecer subjetivas, sin sustento verdadero, derivadas únicamente de datos de fe o, incluso, quizás arbitrarias. El fuste metafísico de los primeros capítulos resulta, pues, sumamente necesario.

Otra virtud de la obra es su estilo. El autor muestra abiertamente su proceso reflexivo, comparte con el lector sus preguntas genuinas a la par que va explorando posibles respuestas. El método es, por tanto, propiamente filosófico, basado en preguntas radicales. El texto, en ese sentido, lleva al lector al origen, al asombro por las cuestiones que, pareciendo evidentes en un primer momento, se descubren como problemáticas y pendientes de resolver.

Por otro lado, encuentro en el texto dos puntos menores de mejora. En primer lugar, a pesar de que el estilo ensayístico del libro lo permite, se echa en falta la inclusión de referencias y bibliografía, lo que hubiera permitido al lector situar mejor las ideas dentro de sus tradiciones filosóficas correspondientes. Si bien el lector agradece no tener la interrupción de demasiadas contextualizaciones e ideas ajenas a las del autor mismo, también podría beneficiarse de conocer algunos antecedentes de muchas de ellas.

Asimismo, aunque la división entre el mundo de lo material y el mundo de lo espiritual (no material) esté muy bien explicada y sea uno de los ejes que articulan todas las ideas del libro, pienso que sería adecuado complementarla con una explicación más detallada sobre la diversidad de los seres del mundo y su jerarquía. En concreto, tratar más extensamente de la vida animal y sensitiva e ilustrar cómo el ser humano es «*animal racional*» ayudaría en gran medida a que el lector pudiera comprender la integración de la vida sensitiva y la vida intelectual en el ser humano.

En todo caso, estas dos cuestiones menores no opacan en absoluto el gran valor de este texto que con gran sencillez y claridad explica nociones profundas y complejas y que teje de manera coherente y bien articulada los conceptos fundamentales sobre la vida humana. El autor ha realizado un esfuerzo notable por hilar entre sí cada una de las cuestiones tratadas y no saltarse pasos lógicos. Todas estas cualidades hacen que este libro sea ideal para cualquier persona que, sin tener conocimientos técnicos de Filosofía necesariamente, esté sinceramente interesada en las cuestiones últimas sobre el ser humano. Ya que la obra no sacrifica profundidad, la disfrutará todo aquel que posea una auténtica motivación por reflexionar a fondo.

María Inés Bayas